

el bien más caro al hombre, su libertad. Esto sería el reinado de una civilización puramente material, es decir, la decadencia, la podredumbre. Si la monarquía universal fuese posible, se realizaría en una sociedad que no cuidase más que de aumentar sus riquezas para aumentar sus gozos. Afortunadamente, Dios ha velado para que la monarquía universal fuese eternamente una quimera, dando á las naciones una individualidad indestructible. Siempre resistirán á una dominación que las destruiría, de la misma manera que el hombre se opone por instinto de conservación á todo lo que amenaza á su vida. ¿Es cierto siquiera que la monarquía universal sea una garantía de paz? Más bien sería un origen de guerras permanentes. No hay paz verdadera más que cuando se da satisfacción á todas las necesidades legítimas de la naturaleza; cuando un elemento esencial de la humanidad está oprimido, la lucha es necesaria, providencial. Si alguna vez pudiera cesar la lucha, sería porque no hubiera en las naciones fuerzas bastantes para resistir; entonces reinaría la paz, pero sería la paz de los sepulcros.

§ III.—Las nacionalidades.

I.

¿Son las nacionalidades producto del acaso, de las invasiones, de las guerras, de la mezcla fortuita de las razas ó tienen una razón de ser como los individuos? Si se las confunde con los Estados, habrá que decir que no tienen vida propia, que se hacen y deshacen por conquista ó por herencia; por consiguiente, la monarquía universal no será ya más que una cuestión de poder y de fortuna. Si, por lo contrario, tienen una vida propia, como los individuos, tienen también derecho á una existencia individual; no pueden ser destruidas por un conquistador, como la individualidad humana no puede ser destruida por los príncipes. Si no hay nacionalidades, las sociedades políticas no se fundan más que en la posesión; la posesión más ó menos larga puede crear títulos, pero si no está fundada en la naturaleza, no tiene la fuerza de un

derecho, es un hecho que puede ser destruido por un hecho contrario. No sucede lo mismo, si las nacionalidades tienen una existencia individual; no hay violencia que pueda arrancársela, porque el hecho contrario al derecho no crea un derecho, sea cual fuere su duración. Cuando el principio de las nacionalidades haya entrado en la conciencia general y se haya realizado en la constitución de los Estados, dará origen á la más fuerte garantía para la conservación de la paz, porque ya no se podrá pensar en conquistas; las nacionalidades son, pues, un principio de paz. Si por el contrario, no se tienen en cuenta las naciones, si su existencia no es más que un simple hecho, las guerras de conquista serán eternas.

El principio de nacionalidad ha entrado en la conciencia humana, y la tendencia de los tiempos modernos es á realizarlo en los hechos. Ahora bien, la vida de la humanidad en su evolución progresiva nos revela los designios de Dios. Podemos, pues, afirmar que las naciones tienen en Dios su razón de ser. Lo que confirma esta inducción histórica es que el elemento de individualidad se encuentra en toda la creación á la vez que el de unidad. Las condiciones físicas de la vida varían, no solamente de un continente á otro, sino en el seno de un mismo continente. Dios ha creado territorios en que la vida se desarrolla bajo condiciones diferentes; estas condiciones son apropiadas al carácter y á la misión de la nación que está destinada á habitarlo. Los territorios, con todos los elementos que los constituyen, son para las naciones lo que el cuerpo es para los individuos, un instrumento, un órgano de la vida. Así como en el hombre la constitución física está en armonía con las facultades intelectuales y morales, así también el cuerpo de las naciones está en armonía con su genio y su destino. A esto se reduce la cuestión tantas veces agitada de la influencia de los climas. Se ha dicho que el cuerpo hace el alma; más cierto sería decir que el alma hace el cuerpo, porque es contradictorio que el órgano cree el principio; el principio ha debido crear el órgano. Por mejor decir, solamente Dios es creador; él da al alma la envoltura que corresponde á sus facultades; él da á las naciones el territorio que corresponde á su misión. Esta correlación entre las costumbres, los gustos, las disposiciones de una

nacion, y la parte de tierra que ocupa, es una prueba viva de que las naciones son un hecho providencial; tienen, pues, su existencia en Dios, lo mismo que los individuos.

Uno de los grandes poetas de Francia canta en el siglo XVII: *La sabiduría infinita del cielo da á cada pueblo un genio diferente* (1). Estos versos de Corneille contienen en germen toda la teoría de las nacionalidades. ¿Qué es lo que constituye la esencia de un individuo? ¿por qué decimos que tiene una existencia indestructible? Porque cada hombre tiene facultades diversas que está llamado á desarrollar y de cuyo uso es responsable; muere, pero para renacer á una vida nueva, cuyas condiciones son una consecuencia rigurosa de su vida anterior. En las naciones encontramos igualmente facultades diversas que están llamadas á desarrollar, y de cuyo empleo son responsables; sucede también que mueren como todo lo creado; pero es más bien una transformación de la vida que una destrucción. El genio diverso de cada hombre se manifiesta en sus obras; cada cual tiene su misión en el destino general de la humanidad. El genio de cada nación nos revela igualmente su misión, que está en armonía con la misión de los individuos y con la del género humano. Lo que constituye la individualidad humana es precisamente ese genio particular de cada hombre, y la tarea que tiene que llevar á cabo en la obra general de su nación y de la humanidad. Este genio y esta misión fundan también el carácter esencial de las nacionalidades. Cada pueblo representa en cierto modo una idea; esta idea es el principio de su vida; sin ella, dejaría de ser (2); mientras permanece fiel á ella, desempeña en la historia un papel glorioso; el día en que la abandona, abdica su existencia; empieza su decadencia, y muere para renacer en otras condiciones.

La historia entera es un testimonio del destino individual que reconocemos en las naciones; su genio y su misión resplandecen con la misma evidencia en los hechos. ¿Cómo se armoniza la existencia de las naciones, por una parte, con la de los individuos, y

(1) CORNEILLE, *Cinna*, II, 1.

(2) COUSIN, *Historia de la filosofía*, lección X: «Un pueblo no es un verdadero pueblo más que á condición de expresar una idea que le dé un carácter común, una fisonomía propia en la historia.»

por otra, con la de la humanidad? Hemos dicho que el individuo no debe ser absorbido por el Estado, ni las naciones por la humanidad; esto quiere decir que en definitiva el perfeccionamiento del individuo es el último fin de la organización del género humano, que las naciones y la humanidad son medios en los cuales debe el hombre desarrollar sus facultades y realizar su misión. Sepárese al individuo de la nación á que pertenece, y no quedará más que una abstracción, un no-sér; el hombre no puede vivir fuera de una nación, como la hoja no podría vivir si se la separase del árbol en que tiene las fuentes de su vida. La nación da al individuo su carácter, sus ideas, sus preocupaciones y sus pasiones; en ella vive. Pero vive también en sí mismo; la nación, si se la separa de los individuos, es una abstracción; los individuos constituyen su fuerza y su grandeza. Para que haya vida completa, armónica, es preciso que la vida nacional y la vida individual se penetren, reabren mutuamente una sobre otra, pero de manera que cada cual conserve su libertad de acción.

La vida nacional y la vida individual no bastan para el completo desenvolvimiento de las facultades del hombre y para el desempeño de su misión. En efecto, el destino de todos los hombres es solidario, en el sentido de que son hermanos; hay, pues, entre ellos un vínculo del cual nacen deberes; estos deberes, al poner al individuo en contacto con sus semejantes, sea cual fuere el lugar en que habiten, ponen en acción las más nobles facultades del hombre, los sentimientos de fraternidad y de caridad. Para el individuo, la soledad absoluta sería la muerte del alma; tampoco las naciones pueden aislarse de la humanidad, como los individuos no pueden aislarse de sus semejantes; su aislamiento absoluto sería también la muerte. Por lo mismo que cada nación tiene su genio particular, no representa cada una más que una de las fases de la humanidad, y, por consiguiente, todas ellas aisladamente son incompletas; para completarse, tienen que ponerse en relación con los demás miembros de la humanidad; solamente de esta manera es posible un desenvolvimiento regular, armónico, de las facultades humanas. De suerte que las naciones son respecto de la humanidad lo que los individuos son respecto de las naciones; la vida nacional debe unirse con la vida general, como la

vida individual debe unirse con la vida nacional. Las naciones tienen una misión que se identifica con la de los individuos; la humanidad tiene un destino que es en el fondo el de las naciones y el de los individuos. Es preciso, pues, que el género humano se organice de manera que la vida nacional favorezca la vida individual y que la vida universal penetre la vida nacional. El individuo, aunque libre é independiente en su esfera, no puede poner obstáculo á la vida nacional; esto sería destruir el medio en que está destinado á vivir. La nación no puede tampoco, aunque libre é independiente, oponerse á la vida general; esto sería sustituir una vida común, armónica, con una existencia particular y egoísta, y el egoísmo mata á los que se entregan á él. De aquí la necesidad de una organización de la humanidad que armonice la vida general, la vida nacional y la vida individual.

II.

¿Cuál es el origen histórico de las naciones? En nuestro mundo occidental datan de los tiempos modernos. La antigüedad es la edad de las ciudades y de las monarquías universales. Los bárbaros ponen fin al imperio de la Ciudad Eterna; pero parece que Roma ha nacido para la dominación, como dice un gran poeta: los cesares son reemplazados por los papas. ¿Cuál es el ideal del catolicismo, cuyo órgano es el pontificado? Hoy se trata de rehabilitar de su decadencia al cristianismo tradicional, y para esto, se pretende que se concilia perfectamente con las tendencias de la civilización europea: ¿qué digo? sus más ardientes defensores llegan hasta pretender que á él le debemos todo lo que hay de grande en nuestro estado social. La historia desmiente tan soberbias pretensiones. Una de las necesidades más vivas de los pueblos modernos es su independencia, y en el catolicismo no caben las naciones. Los más célebres doctores de la Edad Media dicen «que si Adán no hubiera pecado, los hombres no hubieran formado más que una familia de la que Adán hubiera sido jefe y señor» (1). Hé

(1) ALEXANDER HALES, *Summa theologica*, quæst. XCIII, membr. 1 (t. II, p. 387).

aquí la unidad presentada como ideal de la humanidad en su estado de perfección. La idea de diversidad, de nacionalidad, no podía siquiera nacer en aquel estado imaginario que los católicos llaman paraíso: había allí unidad de lenguas, unidad de sentimientos y unidad política, si puede llamarse así al gobierno de la familia humana por su jefe.

La unidad de lengua es la expresión de la unidad intelectual; ésta sobrevivió al pecado. Era como un recuerdo del estado primitivo: «La tierra, dice el *Genesis*, no tenía entonces más que una sola lengua, y la misma manera de hablar.» ¿Cómo ha aparecido en esta unidad absoluta la diversidad de lenguas, signo de la diversidad nacional? Bajo el punto de vista de las doctrinas modernas vemos un inmenso progreso en el advenimiento de esta diversidad, porque es el advenimiento de las nacionalidades. ¿Presenta bajo estos colores la Sagrada Escritura la revolución que de una lengua hizo muchas? La pregunta nada más es una herejía. Siendo la unidad de lengua uno de los caracteres de la existencia perfecta del paraíso, la diversidad de lenguaje no puede ser más que una consecuencia del pecado. Así lo cuenta la Biblia. Habiéndose multiplicado los hombres, su orgullo se rebeló contra Dios; pusieron á construir una torre, la famosa torre de Babel, como si quisieran levantarse hasta el cielo y retar á la Divinidad. ¿Qué hizo Dios para castigarlos? «Confundamos, dijo, sus lenguas, á fin de que no se entiendan unos á otros; y el Señor los separó de aquel lugar por toda la tierra.» La confusión de las lenguas produjo la separación de los pueblos. Escuchemos á Bossuet: «La palabra es el vínculo de la sociedad entre los hombres, por la comunicación que les proporciona de sus pensamientos. En cuanto dejan de entenderse dos hombres, se hacen completamente extraños uno á otro. Si yo no entiendo, dice San Pablo, la fuerza de una palabra, soy extranjero y bárbaro para aquel que me hable, y él lo es para mí. Y San Agustín hace notar que esta diversidad de lenguas hace que un hombre encuentre más atractivo en su perro que en su semejante» (1). De suerte que la confusión de las lenguas, castigo del atentado de Babel, fué el

(1) BOSSUET, *Política sacada de la Escritura*, lib. I, art. 2.

principio de la separación de los pueblos. Hay que decir, pues, con arreglo á la narración del *Genesis*, que la división del género humano en naciones es un castigo impuesto á los hombres por su orgullo.

Tal es el concepto que la revelación cristiana da del origen de las naciones. Léjos de tener en Dios su principio, son una desviación de la creación primitiva, es decir, de la perfección divina. Los hombres, después del pecado, se habían servido de su unidad para hacer la guerra á Dios, en lugar de glorificarle; por eso Dios los castigó separándolos. En este sentido, el *Sabio* por excelencia dice en sus *Proverbios*: «Á causa de los pecados de los hombres hay muchos príncipes que los gobiernen.» Sin embargo, el destino de los hombres es volver á la perfección que han perdido por el pecado de Adán: el pecado original ha introducido la división; Jesucristo ha venido á rehabilitar la naturaleza humana y restablecer la unidad. La unidad absoluta es, pues, el ideal de la humanidad, el estado para el que Dios la ha creado. Como se ve, la unidad, es decir, en la esfera política, la monarquía universal, es un dogma para el catolicismo; era necesario un esfuerzo tan milagroso como la confusión de las lenguas para introducir el elemento de la diversidad, á título de principio divino, en la unidad cristiana.

Es positivo que durante los largos siglos en los cuales el catolicismo ha imperado en las almas, la monarquía universal fué el ideal de la Iglesia. En la doctrina de la Edad Media los papas eran los verdaderos señores del mundo; si consentían en compartir su dominación con los emperadores, era á condición de que los jefes temporales de la cristiandad estuviesen subordinados á ellos como el cuerpo al alma. Gracias á la predicación del Evangelio y al régimen de hierro del pontificado, las creencias religiosas eran las mismas; existiendo la unidad en la esfera del pensamiento, se podía creer que se realizaría también en los hechos, y que no había más que un rebaño conducido por un pastor. Hasta la unidad de lenguas, ese signo característico de la unidad primitiva del género humano en el seno del paraíso, reapareció en la Edad Media. La Iglesia rechazó las lenguas de los pueblos bárbaros que se establecieron sobre las ruinas del imperio romano; les

impuso la lengua latina como lengua sagrada. Rechazar las lenguas nacionales era rechazar las nacionalidades, por mejor decir, impedir su formación y desarrollo. En realidad, mientras dominó el catolicismo no había nacionalidad; la cristiandad era una, el pensamiento era uno, la literatura era una. Hay una fatigosa uniformidad en los más grandes pensadores de la Edad Media; sean alemanes • italianos, franceses ó ingleses, su lenguaje es el mismo, y sus sentimientos los mismos; nos dan una idea de lo que sería el desarrollo intelectual, si pudiera establecerse la unidad de lenguas, ese ideal del paraíso.

Un gran filósofo ha visto en la unidad de lengua un medio maravilloso de acelerar los progresos del género humano; para conseguirlo, Leibnitz quería crear una lengua artificial. Pero todo ideal que se funda en la unidad absoluta es una falsa utopía. La Edad Media disfrutaba de eso que se considera como una gran ventaja; tenía unidad de lenguaje. ¿Cuál fué el resultado? La unidad mató la individualidad, la originalidad, es decir, el principio mismo de toda vida. La literatura era artificial como la lengua que le servía de órgano; de aquí el tedio que inspira y hace relegarla al polvo de lo pasado. ¡Cosa singular y que prueba cuán engañador es el ideal de la Iglesia! Había en la Edad Media gérmenes de las lenguas nacionales; el orgullo de la unidad cristiana los despreciaba como fruto de la barbarie; sin embargo, solamente aquella barbarie tenía vida y porvenir. Hoy se coleccionan con un cuidado que pudiera parecer supersticioso, hasta los menores fragmentos que se conservan de la literatura popular de la Edad Media, al paso que los *in-folios* latinos de los grandes pensadores del catolicismo son abandonados á los ratones. Este culto hácia los orígenes de nuestra literatura no es una puerilidad de erudito; es que la piedad de las naciones recoge los testimonios de su vida primitiva. Las lenguas modernas son el primer albor de las nacionalidades: con ellas concluye la unidad católica, la monarquía universal de Roma, y comienza una era nueva.

III.

¿De dónde vienen nuestras lenguas, expresión de las naciona-

lidades que han reemplazado á la unidad cristiana? Hay unidad de origen en las lenguas del mundo occidental; ésta es una prueba siempre viva de la unidad que existe entre los miembros de la gran familia humana. Esta unidad no impide una diversidad infinita de genio y de carácter; todas las lenguas modernas tienen su raíz en la India; pero ¡qué variedad de desenvolvimiento desde la India antigua, la Persia, la Grecia y Roma, hasta los pueblos de raza germánica! Esta variedad constituye la riqueza y la grandeza de nuestra civilización. Las razas se han dividido en pueblos diversos, que han reobrado mutuamente entre sí por la conquista, la colonización y las mil relaciones á que da origen el comercio. De aquí, á pesar de la comunidad de origen, lenguas diversas que corresponden á civilizaciones diferentes. Observemos una cosa que prueba la importancia del principio de diversidad en los destinos del género humano; ningún pueblo moderno puede presentar un origen puro y sin mezcla; todos han sido formados por la fusión de elementos diversos, ya por inmigraciones sucesivas, ya por la guerra, ya por las colonias. Esta mezcla, lejos de debilitar las nacionalidades, parece, al contrario, darles mayor fuerza: no ha habido país más hollado por los conquistadores que Inglaterra, y no hay nacionalidad más bien templada que la suya.

Si se pregunta cuáles son los orígenes de las lenguas y de las naciones, se hace preciso, como en todas las cosas, remontar hasta Dios. En el momento en que aparece la Europa en la escena de la Historia, se encuentra ya ocupada por las razas que forman el fondo de las nacionalidades modernas. Esto es tan cierto, que aún hoy se observan el carácter, los vicios y las cualidades que los historiadores antiguos señalan en las poblaciones europeas. Las legiones romanas sojuzgaron las Galias, la España, la Inglaterra y parte de la Germania; pero no pudieron ahogar los gérmenes de las nacionalidades que Dios había depositado en el mundo occidental. Roma no hizo más que añadir un elemento poderoso de civilización, propagando por su inmenso imperio su lenguaje y su derecho. Cuando el cristianismo, gracias á la unidad romana, echó raíces bastante fuertes para poder resistir á las tempestades, llegaron los Bárbaros para romper la falsa unidad del Imperio. La invasión germánica desempeñó un gran papel en la for-

mación de las nacionalidades modernas, porque la raza germánica representa por excelencia el principio de la individualidad, sin el cual no hay nación posible. Los Germanos respetaban con tal exceso la personalidad, que permitían al individuo romper los vínculos más sagrados, los de la familia (1). Esto era incurrir en el vicio por exceso de virtud. Bajo la influencia de este espíritu de división, la Europa se dividió en un número infinito de pequeñas soberanías locales; todo se localizó; el derecho, las costumbres, las ideas, la lengua, el carácter: éste es el régimen del feudalismo. Si esta división ilimitada no hubiera encontrado obstáculo, hubiera disgregado los diversos miembros de las naciones y los hubiera aislado, separado de la unidad humana. Roma y el cristianismo impidieron la disolución universal con que el feudalismo amenazaba á la Europa. Pero es tal la condición de las cosas humanas, que el bien no está nunca exento de mal. El principio de la individualidad, necesario para la constitución de las nacionalidades, hubiera llegado en su exceso á la anarquía y á la muerte; Roma contuvo la disolución feudal por medio de la idea del Estado, centro al rededor del cual vienen á agruparse sucesivamente, para perderse en él, las pequeñas soberanías feudales; el cristianismo acabó de extender los vínculos entre los hombres, uniéndolos á todos sin distinción de raza por una fe común. Pero Roma y el cristianismo tenían á su vez la tendencia de llevar al exceso el principio de la unidad de que eran representantes. De aquí una nueva tentativa de monarquía universal, que hubiera podido ser funesta para la humanidad, si el papa ó el emperador hubieran conseguido dominar exclusivamente á la cristiandad; afortunadamente había en la unidad cristiana un principio de división, y por consiguiente, de decadencia. El papa arruinó al Imperio, y el emperador arruinó al pontificado; solamente subsistieron las naciones (2).

Tal fué el largo trabajo de la Edad Media; las naciones estaban constituidas cuando estalló la revolución del siglo XVI. La Reforma dió una fuerza inmensa al espíritu nacional. Mientras la cris-

(1) Véase el tomo V de mis *Estudios*.

(2) Véase el tomo VI de mis *Estudios*.

tiandad estuvo sometida á Roma y fué explotada por Roma, faltaba algo á la independencia de las naciones; para ser libres, tenían que romper aquella última traba que, aunque espiritual en apariencia, acababa por ser en realidad una dominación temporal. Los pueblos de raza germánica tomaron la iniciativa. Así debía ser, porque el protestantismo era en esencia la reivindicación del derecho del individuo en la esfera de la fe; correspondía á la raza individualista por excelencia el dar la señal de la rebelión contra el pretendido poder divino, que oprimía al hombre en lo que tiene más íntimo, su conciencia, y que se prevalía del imperio que el alma ejerce sobre el cuerpo para usurpar la soberanía temporal en nombre del poder espiritual. Puede decirse, pues, que las naciones datan de la Reforma; en efecto, ella es la que aseguró su soberanía, y no hay naciones si no son soberanas. Esta influencia de la revolución del siglo XVI no se limitó á los pueblos que abrazaron el protestantismo, reobró también sobre los que conservaron sus antiguas creencias. Lutero quebrantó el pontificado y la unidad cristiana de la Edad Media; no quedó de ellos más que una sombra vana, á despecho de la reacción católica. Los papas, que en la época de su poderío deponían reyes y trasferían reinos, se vieron obligados á buscar el apoyo de los príncipes para defenderse contra la marea creciente de la revolución religiosa; su decadencia ha continuado hasta que llegó el momento en que el Vicario de Dios no se sostiene en el Vaticano más que bajo la protección de las bayonetas extranjeras. El pontificado no es ya más que una ruina en la ciudad de las ruinas.

La raza germánica dió cima por medio de la Reforma á la obra que habia inaugurado con la invasión de los bárbaros y que habia preparado con el feudalismo; la revolución del siglo XVI constituyó definitivamente las nacionalidades. Hay de esto una prueba irrecusable: las literaturas nacionales se desarrollaron bajo la influencia del protestantismo. Las lenguas modernas se formaron, como las nacionalidades de quienes son la expresión, en los largos siglos de la Edad Media; pero les faltaba un principio de vida. Mientras dominó, el catolicismo ahogó los idiomas nacionales en cuanto de él dependía, imponiendo el latín al clero, única clase ilustrada que existía en aquella época, y hablando á los fieles en

una lengua muerta. El Renacimiento no fué favorable á las literaturas populares; engreídos con las obras maestras del espíritu humano, que habian resucitado, los sabios desdeñaron el inculto lenguaje del pueblo. Erasmo, el genio más generoso de aquel tiempo de entusiasmo literario, está animado de los sentimientos de la era moderna, pero los expresa en el latín de Cicerón. La Reforma fué una revolución en el lenguaje, más aún que en la fe; fué el verdadero Renacimiento, es decir, una vida nueva, y la vida pide una lengua viva. Como los reformadores dirigian al pueblo sus apasionados llamamientos, se vieron precisados á hablar en el idioma del pueblo, y sus primeros acentos fueron obras maestras.

Todo lo han negado á Lutero los católicos, ménos la elocuencia arrebatadora de sus escritos. Apenas se leen ya las obras de los grandes pensadores de la Edad Media; no hay ni uno que brille por el dón del arte; la lengua muerta de que se sirven ha ahogado el sentimiento de la vida. Los escritos del reformador alemán serán leídos siempre; el artista salvará del olvido al teólogo. La necesidad de influir sobre el ánimo de los fieles, de convencerlos, de moverlos, fué la misma en todas partes donde penetró la Reforma, y en todas partes ejerció la misma influencia sobre la literatura nacional. Gracias al protestantismo, las literaturas modernas se hicieron populares, y al penetrar en el pueblo, encontraron en él una inextinguible fuente de vida.

El espíritu de nacionalidad del protestantismo se manifiesta también en otra esfera igualmente característica: la ciencia del derecho de gentes data de la Reforma, y debe su esplendor á escritores reformados. Según una opinión tradicional, el derecho internacional procede del cristianismo. Es verdad que la doctrina evangélica, humanizando las costumbres, ha introducido en las relaciones internacionales elementos desconocidos de los antiguos, la fraternidad y la caridad; pero estos sentimientos no constituyen un derecho. Hay más; es imposible que el catolicismo haya producido la ciencia del derecho que rige las relaciones de las naciones, porque no conoce la idea de nación. El derecho internacional no podia nacer más que de un movimiento que enalteciese, aunque exagerándolo, el principio de individualidad. Por esto los es-

critores católicos no se sintieron atraídos hacia una ciencia que, en su primera manifestación no tenían en cuenta más que lo que hay de individual en la humanidad. Esto era una consecuencia inevitable del principio protestante; expresión del genio germánico, tiene en todo tendencia al individualismo. Sin embargo, el derecho de gentes, si implica la existencia de naciones libres y soberanas, supone también que existen entre ellas vínculos jurídicos, y para encontrar el origen primero, así como la razón y el fin de estas relaciones, hay que considerar las naciones, no como seres aislados que gozan de una independencia absoluta, sino como miembros de una unidad superior en la que hallan su misión, y de la que se deriva una limitación de su soberanía, es decir, derechos y obligaciones recíprocos. Esta tendencia a la unidad es tan imperiosa, que se manifestó en los hechos y en la ciencia a la vez bajo el nombre de equilibrio político.

§ IV.—El equilibrio político.

La unidad de la Edad Media por el papa y el emperador tenía por objeto ideal la paz. Este ideal era falso y a la vez irrealizable. Cosa singular, los que debían proporcionar la paz a la cristiandad, el vicario espiritual y el vicario temporal de Jesucristo, estuvieron en lucha permanente, hasta que el imperio y el pontificado se destruyeron mutuamente. La Reforma puso fin a la unidad cristiana. Entonces las naciones entraron en escena, y manifestaron su vida por medio de guerras casi incesantes. La personalidad, llevada hasta el egoísmo más brutal, tal fue la ley de los tiempos modernos. No se tardó en conocer que el final de aquella lucha de fuerzas individuales debía ser la dominación del más fuerte. Aun cuando la era de las nacionalidades comienza con el siglo XVI, las naciones no estaban constituidas todavía. No obraban en su nombre; los reyes, jefes hereditarios de los pueblos, las representaban, y las representaban muy mal. Pasiones completamente personales, la vanidad, el orgullo, la afición a la guerra, animaban a los príncipes; era un campo propicio para la forma-

ción de una monarquía universal. En el siglo XVI la monarquía llegó a ser la ambición de una familia poderosa, la casa de Austria. Amenazados en su independencia, los reyes se coaligaron contra el más fuerte; trataron de asegurar su existencia equilibrando las fuerzas de las grandes potencias, de manera que se conjurase el peligro de una preponderancia que hubiera sido el primer paso hacia la dominación del mundo.

Así, pues, el sistema del equilibrio reemplazó a la unidad de la Edad Media. Se le atribuye el mérito de haber salvado a la Europa de la ambición de la monarquía universal, encarnada primeramente en la casa de Austria y después en la dinastía francesa. Es una exageración el decir que la ambición de Carlos V fue contrabalanceada por ideas de equilibrio. Francisco I, su brillante rival, no pensaba en equilibrar las fuerzas de la Francia y de la España; verdadero tipo de la ligereza francesa, se propuso un objeto impolítico en el más alto grado, un establecimiento en Italia. Enrique VIII, que como rey de Inglaterra tenía la misión de ser el custodio del equilibrio, fue toda su vida juguete de sus variables e impuras pasiones. En cuanto a Solimán, lo que menos se cuidaba era del equilibrio; sucesor armado del profeta árabe, no podía tener más objeto que combatir incesantemente hasta que la tierra entera reconociese el Dios de Mahoma. El verdadero obstáculo que encontró Carlos V en sus proyectos ambiciosos fue el protestantismo, que quebrantando la unidad católica, hizo imposible la reconstitución del imperio, ese sueño del gran emperador.

En el siglo XVII las ideas de equilibrio parecieron adquirir mayor fuerza; el Austria, apoyada por la reacción católica, amenazaba hacerse dueña absoluta de la Alemania, lo cual hubiera sido un gran peligro para la independencia de los demás estados. Entonces fue cuando Richelieu humilló para siempre la grandeza de la casa que hacía dos siglos venía alarmando a la Europa. Sin embargo, sería otra exageración atribuir al sistema de equilibrio la guerra de los treinta años y la paz de Westfalia, que terminó aquella lucha sangrienta. Es positivo que Alemania, teatro de la lucha, se mantuvo ajena a toda idea política en medio de la espantosa guerra que la desgarraba. Richelieu trató en vano de hacer comprender a los príncipes católicos que su interés, lo mismo